

“LA GLASNOST DE GORBACHEV Y SU LECTURA EN LOS PARTIDOS COMUNISTAS LOCALES: PREMISAS DE UN DOBLE ESTANDAR”

por ANDRES BENAVENTE URBINA*
JORGE JARAQUEMADA ROBLERO**

I. LA GLASNOST DE GORBACHEV: RASGOS CENTRALES

El advenimiento de Mijail Gorbachev al cargo de Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, luego de suceder a dos máximos dirigentes de muy breves períodos, que siguen a la muerte de Brezhnev, marca formalmente una nueva etapa en la conducción de la política soviética, de la cual se ha especulado más que suficiente sobre un viraje a fondo del sistema comunista, en términos que podría empezar a hablarse de un post-marxismo.

Teniendo un punto de vista cauteloso respecto de los cambios, nos proponemos, como primera cuestión, el caracterizar en sí la política de Gorbachev, para en seguida emitir una evaluación.

Lo medular en los asuntos que preocupan a las autoridades soviéticas es el relativo atraso en la economía, lo que se evidencia en bajos índices de producción y productividad. Para hacer frente a tal problema el nuevo gobernante está empeñado en acelerar el ritmo de desarrollo de la economía promoviendo determinadas modernizaciones, las que han terminado por incidir en lo estrictamente político.

Sólo teniendo presente lo anterior se puede contextualizar bien el período que analizamos. El programa del actual Secretario General de PCUS tiene dos objetivos básicos, estrechamente unidos:

a) Dar renovado vigor a la economía interna, y

b) Restablecer ciertos principios de orden en la sociedad soviética —donde se advertía al fin de la era de Brezhnev—, algunos grados de indisciplina laboral, desmotivación colectiva de parte de la masa y corrupción en la cúpula dirigente del Estado y del partido.

* ANDRES BENAVENTE URBINA: Cientista político. Profesor-Investigador del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile. Profesor de la Cátedra de Doctrinas Políticas de la Escuela de Administración de la Universidad de Chile. Investigador asociado del Centro de Estudios Públicos (CEP).

** JORGE JARAQUEMADA ROBLERO: Investigador adjunto del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile. Ayudante de la Cátedra de Doctrinas Políticas en la Escuela de Administración de la Universidad de Chile. Estudiante de último año de Derecho de la Universidad Católica, Santiago de Chile.

Ponencia presentada al Seminario sobre Sovietología organizado por la Universidad de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, en 1987.

En materia económica se ha experimentado una declinación marcada en la tasa de crecimiento de insumos económicos fundamentales, como mano de obra, materias primas e inversión de capital, lo cual lleva a decir a Boris Rumer, investigador de la Universidad de Harvard, que: “esta creciente restricción de recursos ha obligado a los teóricos económicos soviéticos a revisar su paradigma fundamental de la planificación económica y a esforzarse por alcanzar los resultados planeados con el mínimo gasto de recursos posibles” (1). La estrategia de Gorbachev se propone aumentar el índice de crecimiento del ingreso nacional, así como fomentar, para más adelante, una readecuación de la industria soviética en relación a las exigencias del mercado mundial. Estos planes los propone abordar haciendo presente la primacía de lo político sobre lo económico, con lo cual se le podría considerar poco ortodoxo respecto del marxismo original, pero extremadamente fiel a los principios leninistas.

En materia de disciplina social ha llamado a los trabajadores a asumir la responsabilidad laboral, con lo cual les está señalando que deben aumentar los niveles de producción y el rendimiento personal, a la vez que ha atacado males laterales como el alcoholismo; pero también ha advertido a la burocracia del Estado, que se confunde con el partido, que está dispuesto a terminar con la corrupción, siendo una de las formas para ello terminar con lo que se llama allá “ingreso no devengado”, que no es sino un término genérico usado para referirse a las ganancias ilegítimas, donde la especulación campea fuerte.

La cuestión económica, que ha tomado como punto central de sus modernizaciones Gorbachev, es algo que se venía arrastrando —en cuanto diagnóstico— hacía tiempo, sólo que los anteriores secretarios generales no habían adoptado medidas de fondo para superar el pesimismo de aquél. En efecto, un informe confidencial, que se filtró a Occidente, decía en 1983 que los males del sistema soviético pueden resumirse en cuatro puntos: “El país va unido a un mecanismo económico que fue adecuado en los años 30, pero que hoy resulta anticuado, ya que se apoya en los comandos administrativos y no en las señales económicas; su mecanismo de incentivo se basa en una visión estrecha de la motivación del trabajador, que quizá resultó apropiada cuando los obreros estaban hambrientos y eran dóciles, pero que hoy no logra inducirlos a la acción; el sistema se fundamenta en un ideal ingenuo acerca de la justicia social, que pasa por alto la realidad de los intereses contradictorios y las tentativas del centro para lidiar con los problemas resultantes que por medio de la coerción producirán represalias inevitables, pues los obreros y campesinos de hoy cuentan con muchos medios para eludir o desoír las órdenes de la autoridad central” (2).

La cuestión de las motivaciones ha sido enfocada por el Secretario General en el XXVII Congreso del Partido, autorizando a que las empresas vendan su producción que rebasara las cuotas establecidas en el plan sectorial, así como los materiales y equipos no utilizados; que se alentara además

- (1) Rumer, Boris. “Realidades del programa económico de Gorbachev”, en *Problemas internacionales*, mayo-junio 1986.
- (2) Hstafson, Thane y Mann Dawn: “El primer año de Gorbachev: Edificación del poder y la autoridad”, en “Problemas Internacionales”, mayo-junio, 1986.

la vivienda cooperativa e individual, así como también se autorizara a las personas naturales a suministrar por su cuenta servicios al consumidor, con lo cual se introducen algunos principios, muy tenues por cierto, de liberación económica. No decimos principios liberales, por cuanto siempre es el Estado quien otorga estos beneficios, quien los regula y quien, eventualmente, puede derogarlos o modificarlos.

No es el fin de nuestra ponencia el hacer un análisis de las políticas de Gorbachev, sino esquematizarlas en función de la tesis que ofrecemos. Por ello, dejando a otros la profundización de la política económica del régimen actual, queremos adentrarnos a temas más propios de la Ciencia Política que se ven involucrados en las modernizaciones.

La primera cuestión que queremos resaltar es la relativa al poder. Dentro de la estructura institucional soviética el cargo más importante es, sin duda alguna, el de Secretario General del partido. Pero para que el cargo esté revestido realmente de autoridad, se debe atender a una adecuada composición de la élite dirigente, así como del inevitable —en este caso— recurso al apoyo carismático que veremos más detalladamente después.

Gustafson y Mann, en un estudio sobre el tema, han dicho que para que sea efectivo el poder del Secretario General debe “convencer a la elite política acerca de la legitimidad de sus programas y políticas, así como de su propia competencia e insustituibilidad como dirigente, con lo cual obtiene el consenso indispensable para un gobierno efectivo” (3).

De allí que una de las preocupaciones más importantes del nuevo gobernante sea la de readecuar la elite dirigente al interior del partido, que se confunde, por lo demás, con la burocracia del Estado. En su primer año de gestión logró cambiar a 14 de los 23 jefes de departamento del Comité Central. Ha favorecido esta política de cambios de personas, la edad avanzada de aquellos miembros que venían de la era de Brezhnev. En este punto se puede afirmar que Gorbachev es renovador, e incluso alguien con superficialidad en el análisis podría agregar que allí hay una tendencia “democratizadora”.

Sin embargo, al lado de lo anterior hay otro indicador que debe ser considerado: es la nominación de las cúpulas regionales y locales, quienes conformaban a su vez sus propios equipos. Con Gorbachev sucede algo diferente, pues es el poder central el que ha usado sus prerrogativas para la nominación de dirigentes en las regiones que provienen de Moscú. Además se ha establecido que quien va a ser nombrado primero pasa por el Comité Central de Moscú, por un período corto, donde asume funciones secundarias, propias de su transición. Así Gorbachev selecciona bien a los futuros dirigentes regionales —claves para la integración de las Repúblicas—, así como la cercanía le permite un control más directo sobre los futuros ascendidos. Este rasgo, también perfectamente funcional a su plan de controlar a la elite política, es contradictorio, a la luz de un parámetro democrático con la política de cambios de nombres. Aquí estamos ante una política centralista, que robustece el poder central, y más concretamente, el poder personal.

(3) Ibidem.

Hay, pues, una ambivalencia en el actuar político del gobernante soviético. Es su estilo de emprender las reformas, consolidando previamente su poder. Así, los autores ya citados dicen: “Sus políticas son una mezcla de conservantismo y reformismo. Su estrategia económica ha despertado expectativas populares, pero el éxito de éstas dependen de los niveles inferiores (de los mismos que tienen expectativas) lo cual sólo puede lograrse por presiones, exhortaciones y promesas” (4).

Lo importante para impulsar las reformas, en función de preservar lo grueso del sistema, es para Gorbachev la conservación y extensión del poder con autoridad, es decir, un poder que esté ampliamente legitimado. Y pese a lo trascendental de conservar y acrecentar en los hechos ese poder, no importa que para que eso precisamente ocurra, haya que renunciar parcialmente a ciertos controles, tanto más si para ello se ha seleccionado cuidadosamente a los miembros cooptados de las nuevas elites.

No hay, pues, en la estructuración de poder de Gorbachev rasgos efectivos de democratización del poder. Tampoco se puede hablar de una efectiva desconcentración. Lo que llama la atención en Occidente son las reformas por un lado —en una sociedad política eminentemente conservadora—, la formación, en un proceso de una nueva clase política —pero dentro del mismo esquema totalitario de régimen político— y un liderazgo personal carismático que acaso puede revivir el tradicional populismo ruso, pero que no va a significar una transformación radical, ni mucho menos del sistema en cuestión.

Entramos así a un segundo tema que, siendo de análisis recurrente en los procesos políticos, no lo es para el caso soviético: el populismo.

Dejemos en claro que a nuestro juicio las bases de legitimidad de Gorbachev son de orden procesal, primero y principalmente, porque él fue nominado como Secretario General por las instancias y mecanismos regulares del sistema, pero para introducir reformas que desafían la ortodoxia ello parece no bastar, y entonces apela a la población y a los consensos en que la situación existente hasta antes de las reformas no puede continuar (deseo de cambio); consenso en que las exigencias del contexto histórico sobrepasan los límites de la ortodoxia y consenso en que el diagnóstico poco feliz sólo puede ser superado con políticas y medidas pragmáticas. Los autores que ya hemos citado señalan que en lo último, Gorbachev ha centrado uno de los pilares de legitimidad extrainstitucional a que su carisma se funda en su pragmatismo (que a nuestro juicio no es sino una flexibilidad exigida por las circunstancias, manteniendo fidelidad a los principios socialistas): “Ha reducido al mínimo las citas doctrinarias, dicen, y se mencionan con más frecuencia las aspiraciones y el apoyo del pueblo como fuente definitiva de su autoridad” (5).

Para dar pruebas efectivas de que es a la población a quien recurre, Gorbachev ha ido implantando un estilo político que tiende, en apariencias, a disminuir el rol absoluto del partido, poseedor de la “teoría científica” de

(4) *Ibidem*.

(5) *Ibidem*.

la revolución y del proceso, permitiendo algunos espacios de disidencia, como la liberación del físico Andrei Sajarov; como el poder votar por candidatos independientes (simpatizantes del partido, pero no militantes de él) en las elecciones del Parlamento; como el permitir ciertos niveles de discrepancia. Un seguidor de Gorbachev, Yevgeni Yevtushenko, escribía en una revista peruana sobre el último aspecto, que: "Algunos oficiales son criticados abiertamente, desde ministros de gobierno a primeros secretarios regionales del partido, algunos de los cuales son miembros del Comité Central. Luego de las críticas no siempre hay renunciaciones como sucedía en el pasado; lo cual significa que la crítica es considerada más bien como un estilo de comportamiento y no como una forma de castigo" (6). La cita es una verdadera confesión de que Unión Soviética es una sociedad cerrada: la crítica se presenta, desde luego, como algo inconcebible antes de Gorbachev —con lo cual se está afirmando la existencia de un régimen totalitario—, pero la que existe, según el autor, no porque ella sea algo natural, al derivarse de la libertad de conciencia y de expresión, sino porque ella es aceptada y tolerada como herramienta de reforma por el Secretario General del Partido Comunista actual. Es, pues, una crítica funcional.

En su apelación a la población, esta tolerancia a la crítica funcional resulta de validez. Tanto más importante es para ganarse el apoyo de los intelectuales para su proyecto de reforma, cosa que en ningún grado ha logrado. Así, Dimitri Ligachov, historiador, que antes estuvo detenido, hoy día puede decir a *Le Nouvel Observateur* que los cambios producidos son irreversibles y que no pueden regresar a las sombras, pues "se trata de un fenómeno de enorme trascendencia, de una transformación de la conciencia" (7).

El recurso al populismo le permite a Gorbachev contar con respaldo de la base frente a los adversarios que tiene en el partido y que aún quedan después de los cambios en la estructura de poder. La apelación a la población le sirve, incluso, para enfrentar a las Fuerzas Armadas, algo renuentes a los cambios, aun cuando la posición de éstas —en ese sentido— se ha resentido seriamente después del incidente que protagonizó el joven alemán que aterrizó en avioneta en la Plaza Roja de Moscú, después del cual importantes jerarcas uniformados fueron llamados a retiro.

También hay, con estas medidas de apertura aparente, una apelación de tipo populista a la población mundial, particularmente a la de Europa occidental y a la de EE.UU. Vladimir Bukovsky señala que: "Occidente ha sido invitado por los dirigentes del Kremlin a pagar el difícil desarrollo económico de la Unión Soviética. Se quiere vincular a Europa y Estados Unidos al lanzamiento de la economía soviética" (8). No se debe perder de vista lo que se dijo en un comienzo de nuestra ponencia: lo medular es superar el atraso relativo en el campo económico, y para ello, los países occidentales resultan muy necesarios.

(6) Yevtushenko, Yevgeni. "Glasnot o la apertura de Gorbachev", en *Equis*, Lima 11 de mayo de 1987.

(7) Ligachov, Dimitri: "Los intelectuales y Gorbachev", en *Equis*, Lima 25 de mayo de 1987.

(8) Bukovsky, Vladimir: "Críticas a Gorbachev", en *Equis*, Lima 18 de mayo de 1987.

La política de modernizaciones que pretende mostrar grados de aperturismo, es enviada —como paradigma— a los países socialistas de Europa central, con lo cual la Unión Soviética muestra la misma voluntad imperial que cuando aplastó las tendencias libertadoras de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1967 y frenó drásticamente el proceso liberador polaco en diciembre de 1981.

Gorbachev ha puesto en marcha, pues, una política reformista de variadas expresiones. Su slogan es “información total a las masas”: Glasnost, teniendo la seguridad —otorgada por un Estado burocrático que invade todos los ámbitos cotidianos y que supedita así a la sociedad civil— de que esas masas no harán llegar sus demandas más allá de aquello que les está tolerado. Sin embargo puede haber iniciado, sin quererlo, un proceso que no se sabe a dónde puede desembocar.

II. GORBACHEV Y AMERICA LATINA

América Latina ha estado atenta, como ante cualquier acontecimiento internacional de cierta trascendencia, a las modernizaciones emprendidas por el Secretario General del Partido Comunista de Unión Soviética, pero ha observado, de igual modo, que no hay una correspondencia de dicha apertura —entendida así en cuanto proceso— con los comportamientos políticos de los partidos comunistas del área, los que por lo demás se identifican claramente con las directrices soviéticas.

En política exterior, al parecer Unión Soviética quiere insistir en separar lo que es el Estado propiamente tal y lo que es el partido y sus relaciones con sus congéneres de otras partes. Lo primordial son los intereses del Estado —y es allí donde se ubica la necesidad de dinamizar la economía— y para ello debe procurarse mantener no sólo un buen nivel de relaciones diplomáticas, sino que tener siempre vigente la posibilidad de mantener buenas y estrechas relaciones comerciales. Las cuestiones netamente políticas también son interesantes —y Unión Soviética no las deja de lado—, pero prefiere que allí opere una relación de partido a partido, cuestión que, formalmente, no compromete al Estado. Lo anterior no deja, en todo caso, de ser un buen artificio, ya que la separación formal que hacen los soviéticos es posible y viable cuando Estado y partido están separados realmente, pero no importa más que una mera asignación de roles a niveles distintos dentro de un mismo proceso.

No es primera vez que ocurre lo que estamos enunciando. En el período de la Argentina del general Rafael Videla, las relaciones entre el Gobierno Militar de ese país no sólo se mantuvieron —pese al golpe de Estado y pese a la acusación por la izquierda argentina de haberse instaurado un gobierno de corte fascista—, sino que se incrementaron ostensiblemente a nivel de relaciones comerciales, con notorias secuencias políticas en el plano internacional, como lo fue el apoyo permanente que tuvo el Gobierno de Videla en Naciones Unidas para evitar ser cuestionado en virtud de supuestas violaciones de derechos humanos. Mientras Unión Soviética mantenía tan cordiales relaciones con un régimen que ha sido calificado por la izquierda

como de “dictadura”, y el Partido Comunista Argentino se debatía entre la neutralidad y el apoyo al gobierno militar (9), el grueso de la izquierda argentina, y entre ellos no pocos comunistas no cupulares, eran hostigados por el nuevo régimen, al cual se oponían duramente.

En Costa Rica se ha evidenciado también el doble estándar con que Unión Soviética enfoca la cuestión política en América Latina. Por un lado está su decidido apoyo material e ideológico a las guerrillas centroamericanas (ayer a Nicaragua, hoy a El Salvador), pero a la vez usa a un sector del Partido Vanguardia del Pueblo, y en particular a su líder Manuel Mora Valverde, para mostrar una actitud predispuesta a la negociación política. A fines de agosto de 1984, el Comité Central del PCUS envió especial saludo a Mora, con ocasión de su 75 cumpleaños, donde se enfatizan los vínculos del político costarricense con la URSS. Otro caso que podemos anotar es el de las relaciones con Colombia, donde el Partido Comunista de ese país está visiblemente vinculado a las FARC, pero a la vez el miembro del Comité Central de PCUS R.I. Kosolapov, director de la Revista *Komunist* envió un saludo oficial al Congreso del PC colombiano, expresándole el apoyo soviético “por el desarrollo independiente de Colombia en el camino de la democracia y el progreso” (10).

Está también el caso de Venezuela donde, para el inicio de la administración del Presidente Lusinchi, llega al país el Presidente adjunto del Presidium del Soviet Supremo, Khalilov —que dio amplio respaldo a la acción venezolana dentro del Grupo Contadora—, pero a la vez mantuvo un conocido diálogo con el Partido Comunista local, donde el Secretario General, Jesús Faría, “insistía ante la delegación soviética en la necesidad de luchar frontalmente contra la tiranía de los empresarios locales y extranjeros” (11).

Esta política que venía observándose en el curso de los años 70 y 80 ha sido reiterada por la administración Gorbachev en términos de institucionalizar la doble vía en las relaciones: Una la de Estado a Estado, que es funcional a la Glasnost, y la otra que hay entre el PCUS y los partidos comunistas locales, donde lo que se acentúa es la radicalización de las propuestas políticas.

No es nuestro propósito hacer un estudio histórico sobre las relaciones entre Unión Soviética y la política latinoamericana, pero sí tenemos que referirnos —para tenerlo a la vista como punto de comparación— a la posición soviética en la década del 60 en relación a los movimientos insurreccionales.

Durante décadas los partidos comunistas del continente participaban, en perfecta funcionalidad, en los sistemas democráticos liberales que regían. Las excepciones se dan en El Salvador y en Brasil en los años 30 en que participan de aventuras insurreccionales que prontamente la Internacional

(9) Sobre el particular hay literatura probatoria que mencionaremos en notas posteriores en relación a citas precisas.

(10) Varas, Augusto. “América Latina. La Unión Soviética y el neobipolarismo”. Documento de Trabajo de FLACSO, 1984, pág. 4.

(11) *Ibidem*, pág. 11.

Comunista descalifica (12). Participaban, en cambio, en alianzas electorales y políticas con otros partidos de izquierda, no marxistas, o incluso del denominado centro político. Se seguía así la línea de los frentes populares, determinada por Unión Soviética dentro de su política antifascista de esos años. En la década del 60 la orientación soviética se encaminaba hacia la tesis de la “coexistencia pacífica”, de modo que los partidos locales estuvieron controlados por dirigencias más aptas para la política de masas tradicional y para las confrontaciones electorales, que para mostrar posiciones de ruptura. Es aquí donde debemos encontrar las radicales diferencias entre los partidos comunistas ortodoxos y los grupos de izquierda que se inspiraban en la Revolución Cubana. La actitud pasiva de Unión Soviética frente América Latina, dentro del marco de la coexistencia pacífica, provocaba no pocas críticas dentro de la misma izquierda. El intelectual brasileño Darcy Ribeiro señalaba que: “La acción proselitista así como la formulación de directivas políticas, a pesar de haber ampliado la influencia de los partidos comunistas, se vio limitada, porque estuvo enmarcada en el ámbito del reformismo, como si los comunistas pensasen que, acumulando pequeñas reformas, llegarían algún día a hacer la revolución... El principal factor adverso a la expansión del movimiento comunista fue sin duda su subordinación a las directrices soviéticas y su vinculación con las vicisitudes de la política rusa... la rigidez de la política externa soviética, sus incomprensiones frente a los problemas del Tercer Mundo y su dificultad en establecer relaciones satisfactorias de convivencia política y de intercambio económico dentro del propio campo socialista, crearon incompatibilidades a los soviéticos con todas las izquierdas independientes” (13).

Sin duda que la Revolución Cubana marca un punto de crisis para las relaciones de los soviéticos con la izquierda latinoamericana. La izquierda tiende a radicalizarse, a optar por la vía armada y junto a ello se enjuicia negativamente la estrategia que había venido desarrollándose. Aparecen varios grupos de izquierda que actúan con plena autonomía, y los partidos comunistas sufren escisiones. Fueron años de cierta tensión, dentro del campo socialista, entre Unión Soviética y Cuba. No porque los soviéticos desechasen en sí la vía armada, que ellos mismos habían usado el año 17, sino que la encontraban poco oportuna para sus intereses de ese momento. Su apuesta se daba, entonces, en favor de posturas llamadas de “reformismo radical”, cuyo paradigma fue la coalición de Unidad Popular de Salvador Allende. El triunfo electoral de éste en septiembre de 1970, el claro fracaso de las experiencias guerrilleras en las postrimerías de los 60 e inicios de los 70, comprendiendo el fracaso del propio Che Guevara en Bolivia, hacían que las posiciones ortodoxas recuperaran prestigio dentro de las izquierdas del continente, y así Unión Soviética volvía a dirigir uno de los ejes principales del quehacer político de la izquierda de la región.

(12) Sobre la insurrección en El Salvador de la década del 30, véase “La Hoz y el Machete”, de Rodolfo Cerdas, Editorial Universidad Estatal a Distancia, San José, 1986, y sobre la insurrección en Brasil, de la misma época, véase “O Comunismo No Brasil”, de John W.F. Dulles, Editorial Nove Fronteira 1985.

(13) Ribeiro Darcy: “El dilema de América Latina: estructuras de poder y fuerzas insurgentes”, Editorial Siglo XXI, 1971, pág. 261.

Para los soviéticos la gestión de Salvador Allende tenía el valor de una experiencia piloto, pero pronto su entusiasmo inicial se fue debilitando en la medida en que las posiciones ultristas ganaban terreno al interior del gobierno sin que el Presidente hiciese algo por frenar ese avance. Así una experiencia interesante para ellos terminaba en un desastre y no por culpa de factores externos o por la actividad conspirativa de la oposición, sino por graves fallas y contradicciones internas. Un autor dice que la caída de Allende fue una buena ocasión para que los comunistas soviéticos no sólo acusaran a Estados Unidos del hecho, sino para “realizar un minucioso análisis de los acontecimientos correspondientes a la revolución chilena... Según esta crítica, las actividades revolucionarias de Allende rebasaron su capacidad para ejercer el control administrativo y para reprimir a la oposición” (14).

El politólogo de izquierda chileno, Augusto Varas, es más explícito en esta materia. Para él, el ensayo de la Unidad Popular “despertó el interés de Moscú en lo que parecía la cristalización del modelo soviético predilecto: la construcción de los prerequisites del socialismo; la unidad de los principales partidos de izquierda; vastos frentes sociales y de clase; reformas estructurales conducentes a una economía administrada más cabalmente por el Estado y la conversión del ejército en apoyo al nuevo gobierno. La elección de Allende demostró que era posible que los socialistas llegaran constitucionalmente al gobierno, lo cual fue una reivindicación de la política de Brezhnev en Latinoamérica. A pesar del escaso apoyo económico que le proporcionó a Allende, la URSS vio en este proceso un modelo que el Tercer Mundo podía seguir sin arriesgarse a una confrontación militar con EE.UU.” (15).

Así como la elección de Allende sirve para que el Partido Comunista soviético recupere prestigio frente a una izquierda radical que se había marginado de la ortodoxia y de la dirección hegemónica, la caída de Allende abre un largo período de interrogantes, análisis y vacilaciones sobre el camino a seguir en América Latina. Los años de debate, tanto más si se tiene que las fuerzas insurgentes estaban prácticamente derrotadas en los diversos procesos, de modo que la opción no podía ser, en caso alguno, apoyarlas, se hicieron un tanto dramático, al punto de poder sostenerse que las relaciones entre los soviéticos y América Latina se darían por un buen tiempo bajo el sello del pragmatismo y con la sola intencionalidad de mantener buenas relaciones comerciales entre los Estados, y en lo interno con un apoyo más bien nominal a los partidos comunistas locales. Externamente este compás de espera era bien cubierto por el apoyo amplio y publicitado que se le daba al Partido Comunista chileno, colocado en situación de proscripción por el nuevo gobierno de este país.

Un ejemplo de este pragmatismo en espera de una definición de mayor trascendencia lo constituye el caso argentino. Producido el derrocamiento de la señora de Perón, en marzo de 1976, el Partido Comunista argentino

(14) Ellison, Herbert: “Estrategia del Frente Unido y Política Exterior Soviética”, en “Problemas Internacionales”, septiembre-octubre, 1985.

(15) Varas, Augusto: “Ideología y política en las relaciones Latinoamericana-URSS”, en “Problemas Internacionales”, N° 3, 1984.

brindaba un entusiasta apoyo al Gobierno del general Videla, en los siguientes términos: “Todo el país —decía *Tribuna Popular*— escuchó con sumo interés y expectativa el discurso inaugural del Presidente de la República. Corresponde, pues, que todos los sectores patrióticos de nuestro pueblo, recogiendo el llamado presidencial, participen en la reorganización democrática y el gran debate que ella suscita en la nueva etapa que vivimos. En cuanto a sus formulaciones más precisas, afirmamos enfáticamente que constituyen la base de un programa liberador que compartimos” (16). Con posterioridad, altos dirigentes del PC argentino viajaron a diversos países, como EE.UU. Entre ellos, Athos Fava y Fernando Nadra, que buscaron defender al gobierno militar de las acusaciones que se le hacían sobre violaciones a los derechos humanos. Fava y Nadra dirían que “rendimos allí un exhaustivo informe sobre el proceso real que se desarrolla en nuestro país oscurecido por una muy contradictoria y confusa información internacional” (17).

Unión Soviética reconoció al gobierno de Videla prácticamente una semana después de haberse instalado por medio de un golpe de Estado. Cuba le siguió en igual actitud. Como justificación y para separarlo tajantemente del caso chileno, los soviéticos señalaban que el golpe de Videla se había dado por “las caóticas condiciones económicas y la ola de terrorismo desatada por los grupos de ultraderecha y ultraizquierda”. Una actitud de apoyo con indiferencia, como la que marcaba 1976, fue reemplazada por una actitud de franco apoyo en el ámbito internacional. Un autor argentino señala que a comienzos de 1977 la URSS estaba realizando movimientos diplomáticos tendientes a bloquear la posibilidad de que se condenara al régimen argentino en la Comisión de Naciones Unidas sobre derechos humanos. En agosto de 1977 los soviéticos votaron en contra de autorizar la inclusión de Argentina en la agenda de la Comisión de Derechos Humanos en la ONU como país a ser investigado. Argentina de Videla resultó excluida de la agenda con la URSS votando por la exclusión y EE.UU. en favor de la investigación formal de la situación de derechos humanos en el país. La posición soviética resulta tanto más significativa si se considera que, por ese mismo tiempo, ella daba todo su apoyo a los sucesivos informes condenatorios de Naciones Unidas acerca de la situación de los derechos humanos en Chile.

Para entender esta posición —propia de la etapa de pragmatismo mientras se daban nuevos contextos para una posición más definida— hay que considerar que Unión Soviética privilegia las relaciones económicas y culturales, además del hecho de mantener buenas relaciones con un país vecino a aquel al que considera política e ideológicamente su más enconado adversario, como es Chile bajo la actual administración. Aldo César Vacs encuentra la razón de esta política tan singular de los rusos para con Videla —y después de Viola y Galtieri— en que “los soviéticos habían conseguido mantener excelentes relaciones con la Argentina luego del golpe militar y difícilmente estarían dispuestos a perder por un gesto de orden moral interesantes posibilidades comerciales y económicas que podían irse profun-

(16) Echagüe, Carlos: “El Socialimperialismo Ruso en la Argentina”, Ediciones Agora, 1986, pág. 11.

(17) *Ibidem*, pág. 17.

dizando, ganándose” (18). Los militares argentinos respondían a estos apoyos también en forma práctica; en 1980 condenaron, como todos los países de Occidente, la invasión a Afganistán, pero cuando EE.UU. recomendó no vender granos a Unión Soviética, Argentina dio a conocer un comunicado en el que anunciaba su intención de no participar en el embargo cerealero.

Una actitud pragmática no puede imponerse, empero, como línea definitiva en la política exterior de un país que, deliberadamente busca influir en los acontecimientos universales en pos de la construcción de un ideal de sociedad generalizado. La crisis de los momentos autoritarios en América Latina, donde paradójicamente se debe excluir el caso que más incomoda a Unión Soviética: Chile y la emergencia de nuevos indicadores en la acción de la izquierda latinoamericana, así como el nuevo enfoque de la política exterior soviética propendiendo a una mayor agresividad en la conquista de posiciones más hegemónicas dentro de la sociedad mundial, van empujando en los años 80 a la adopción de una nueva fase en la política soviética hacia la región, de la cual Gorbachev es un ejecutor.

El hecho más significativo es la victoria de la insurrección nicaragüense en 1979 y el inicio, casi por esa misma fecha, de la guerrilla salvadoreña que alcanzó en los años 81 y 82 los caracteres de una verdadera guerra civil. En Nicaragua el triunfo de los sandinistas se había logrado sin la presencia activa del Partido Comunista local (Partido Socialista Popular). El marxismo-leninismo había encontrado allí otra expresión y Unión Soviética corría el riesgo de quedar en segundo plano si no actuaba con rapidez y eficacia. No habiendo participado activamente en la insurrección, salvo con apoyo logístico y publicitario, prontamente triunfante la hizo suya. Ello significó también un apoyo contundente al proceso salvadoreño, donde los comunistas locales terminaron integrados al Frente Farabundo Martí.

Se llega así a una etapa nueva en las relaciones entre Unión Soviética y América Latina: la del apoyo a las opciones radicales de izquierda. Los soviéticos no quieren quedarse como actores marginales en los procesos que la izquierda puede desatar en América Latina. Como ejemplos de esta política podemos citar que junto con el apoyo a Nicaragua, se da la ya indicada opción por la insurrección en el caso de El Salvador; la decisión tomada en septiembre de 1980 (no antes) del Partido Comunista chileno de embarcarse en una política de rebelión popular para lo cual crea un frente armado: el Frente Manuel Rodríguez; y también —hay que decirlo— la fuerte radicalización del propio Partido Comunista argentino, a lo que nos referiremos luego, y que lo coloca en una posición de abierta confrontación no sólo respecto del gobierno actual, sino respecto del sistema mismo, como lo ha denunciado en varias oportunidades el Presidente Alfonsín.

Mientras Gorbachev en su país intenta aplicar políticas modernizadoras, en sus relaciones con las políticas nacionales de este continente, se da un endurecimiento de la línea, en términos de favorecer posturas radicales, y de agudización de crisis. Lo que ocurre es que el mundo occidental está

(18) Vacs, Aldo César: “Los socios discretos”, Editorial Sudamericana, 1984, pág. 109.

demasiado entrampado en las modernizaciones tácticas formales que se hacen en Moscú y no advierte los virajes de la política comunista en sus propios territorios.

III. EL ENDURECIMIENTO: LA CONTRAPARTIDA LOCAL A LA GLASNOST

Cerrábamos la sección anterior diciendo que las relaciones entre Unión Soviética y las izquierdas locales del continente pasaban por un apoyo a los procesos de radicalización, fuesen estos armados o simplemente políticos, con la condición —estos últimos— que apuntaran en el mediano plazo a una ruptura con el sistema capitalista. En esta última parte queremos referirnos, en la brevedad de una ponencia, a tres casos concretos que hoy se dan y que tipifican bien la política de endurecimiento que se da en los partidos comunistas locales, lo que es no sólo tolerado sino estimulado por los comunistas soviéticos. Estos casos son el de Argentina, el de El Salvador y el de Chile.

1. *El viraje del Partido Comunista Argentino*

Al iniciarse el gobierno del Presidente Raúl Alfonsín se advertía claramente que el Partido Comunista había abandonado por completo su política de apoyo, desde su posición, a los gobiernos militares. Ahora se decía ardiente defensor del sistema democrático y clamaba en diversos foros por violaciones de derechos humanos, las mismas que había persistentemente negado años atrás. Este cambio se institucionaliza en el XVI Congreso partidario realizado en noviembre de 1986.

Athos Fava, viejo dirigente comunista, en su informe al Congreso aludía al viraje en los siguientes términos: “El viraje que produjimos no sólo se asentó en estos cambios en la realidad, sino que en un replanteo a fondo del papel del factor subjetivo para transformar esa realidad, en primer lugar, el PC y *su vocación de poder*. Comenzamos así a revertir un serio deterioro ideológico, una desviación reformista en nuestra teoría revolucionaria” (19). La resolución política del Congreso recogerá esta parte del informe al decir que cuando se habla de viraje se está “restableciendo una línea revolucionaria”, señalando que lo anteriormente obrado era una “desviación reformista producto de la falta de un enfoque de clase marxista-leninista”. Pero lo ocurrido en el Congreso mismo es tema para otra historia, debiendo rescatar de allí lo que resulta elemento de prueba para nuestra tesis. El ya mencionado Fava dirá que “el problema principal en la Argentina pasa por el cambio del poder político” y uno de los errores de la etapa desviacionista había sido “dejar la cuestión del poder político en otras manos dentro del campo revolucionario”. Es decir, lo que se está planteando claramente no es una política de corte reivindicativo en lo socioeconómico o una política de

(19) Fava, Athos: “Informe del Comité Central al XVI Congreso del Partido Comunista Argentino”, noviembre de 1986, mimeografiado.

profundización, sino que nada menos que el ejercicio del poder. Eso ya significa un cambio sustantivo en un partido que por largas décadas, y dado su carácter pequeño, se había conformado con contar con algún apoyo social para presionar en determinadas negociaciones. Hoy se quiere el poder. Pero como el Partido Comunista por la vía electoral no es capaz de lograrlo en el contexto argentino, viene la apelación a los grupos insurreccionales que hay en la izquierda y en el peronismo. Fava lo dice así: “Algunas de las expresiones revolucionarias en el peronismo que combatieron contra su propia derecha y contra la burocracia sindical, asumían con mayor precisión que nosotros el tema del poder. Tales expresiones disputaban el poder en términos concretos, a través del camino armado, en tanto que el comunismo de entonces decía criticar tal metodología. Hoy por hoy se trata de retomar la metodología leninista”. No puede haber mejor reconocimiento a la opción guerrillera de los montoneros y otros grupos que lo que el dirigente comunista afirma. Pero no sólo es un reconocimiento hacia el pasado, sino una voluntad de marchar juntos hacia el futuro: “Es preciso abandonar la soberbia de no ver nada a nuestra izquierda”. Y en el actuar juntos lo que se pretende no es una profundización de la democracia, sino una hegemonía de los comunistas en función del poder político. Fava se pregunta: “¿Vamos a defender la democracia para facilitar los proyectos de dominación clasista, la modernización de la decadencia, el establecimiento de nuevos diques de contención a las masas?” (20). En la radicalización del PC argentino está, pues, presente un marcado rupturismo que hoy puede ser irrelevante para la estabilidad política del vecino país, pero que es sin duda un problema que tarde o temprano se le va a presentar a la democracia argentina.

Pero no sólo se quedan en las proposiciones discursivas. Se encamina hacia la operacionalización de la radicalidad. El Congreso en cuestión aprueba la política de construir el Frente de Liberación Nacional y Social, como agrupación política que juegue un papel de vanguardia en un proceso revolucionario. El Frente del Pueblo, de que forman parte los comunistas, junto a grupos socialistas y al peronismo revolucionario, es sólo un componente de aquel frente de liberación. Sin duda que en esta propuesta el paradigma sandinista ha funcionado ampliamente como inspiración central. El FLNS es concebido “un instrumento para conquistar el poder a través de la acción de las masas, de la lucha unida y organizada de las fuerzas que integran el polo popular” (21). En el caso argentino no son válidas, desde luego, las justificaciones formales que los comunistas dan de su posición radical en Chile o en El Salvador. En Argentina se enfrentan directamente a un sistema democrático funcionando. Por lo tanto deben recurrir a la argumentación central de la lucha antiimperialista mundial. “El carácter global de la crisis que es parte de la crisis general del capitalismo, pone en el centro la cuestión del poder que ejerce el polo dominante, en lo económico, político o ideológico, para reemplazarlo por el del polo popular” (22).

(20) Véase “La modernización del comunismo argentino”, en *Ambito Financiero* del 12 de junio de 1986.

(21) Partido Comunista Argentino: “Resolución Política”, publicación especial del periódico *Qué Pasa*, órgano oficial del PCA, noviembre 1986.

(22) *Ibidem*.

Se puede tener en cuenta que la existencia de gobiernos autoritarios que están en proceso de transición a la democracia, o de democracias balbuceantes que se intentan consolidar en medio de la guerrilla (caso de El Salvador), son simplemente instrumentales para la radicalización de la posición de los comunistas. Puede que les faciliten políticamente una aceleración de la agudización de sus planteamientos o propuestas, pero no es lo definitorio. La razón central es que Unión Soviética impulsa en el presente un endurecimiento de las posiciones comunistas, para crear crisis sectoriales al sistema democrático y así avanzar a situaciones que pueden abrirle paso a expectativas de ingobernabilidad en las cuales pueden lanzar o implementar la opción insurreccional. La cuestión central es hoy la conquista del poder. Para ello se tomarán caminos distintos en cada caso, por eso no importa abandonar la idea de provocar los quiebres que sean necesarios para ganar posiciones. Esta es la otra cara de la Glasnost de la que no se puede prescindir.

Por último queremos decir que la posición del Partido Comunista argentino se inserta en una plena y efectiva coordinación con movimientos insurreccionales latinoamericanos. En varias reuniones celebradas en el curso del año pasado asistieron como invitados especiales delegaciones del Frente Farabundo Martí de El Salvador y del Frente Manuel Rodríguez de Chile. En el informe de Fava al Congreso eso se explicita en términos de plantear “la necesidad de buscar los caminos más aptos para elevar la unidad y la coordinación de todas las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas del continente, perfeccionando nuestra estrategia común como medio de conjunción de fuerzas que enfrenten la estrategia global del imperialismo” (23).

No puede extrañar si en el futuro esta coordinación se traduce en entendimientos políticos visibles entre grupos comunistas que, a diferencia de la política orientada por Moscú en la década del 60, esta vez se encaminen hacia la ruptura institucional. Es éste uno de los más serios peligros que, sin duda, enfrentan las democracias emergentes de América Latina.

2. *El Partido Comunista Salvadoreño: su opción armada*

Como se dijo en un párrafo anterior, el Partido Comunista salvadoreño tiene una temprana experiencia guerrillera, al iniciarse la década del 30. Experiencia que fracasa y donde participa en un rol protagónico el guerrillero Farabundo Martí. La insurrección es derrotada y Unión Soviética entonces procede a condenarla, tanto más si una línea de rebelión se oponía a la reciente adopción de la política de frentes populares. Este hecho lleva a Rodolfo Cerdas, experto en las relaciones soviéticas con Centroamérica a decir que “semejante tragedia revolucionaria (la derrota de Martí) no originó ninguna leyenda, ninguna tradición. Fue vista en el seno de la Internacional como el gran error de unos jóvenes salvadoreños...” De hecho al final los esfuerzos de la Internacional resultaron coincidiendo en más de un sentido

(23) Informe de Fava al Congreso, ya citado.

(24) Cerdas Cruz, Rodolfo: “La Hoz y el Machete”, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1986, pág. 369.

con los de sus enemigos: calificando a Sandino de traidor y criticando a Martí como aventurero, putchista y hasta machetero (24).

Muchos años después, cuando la insurrección sandinista había triunfado, el Partido Comunista de El Salvador retoma su postura insurreccional después de haber participado por décadas en la vía político-electoral. Y entonces los soviéticos quisieron reivindicar a aquel hombre a quien habían calificado de aventurero y machetero. Dos comunistas soviéticos editan en Moscú un libro dedicado al salvadoreño "Farabundo Martí", del que son autores A. Petrujin y E. Churilov, donde señalan que en su libro procuran "hacer resurgir la imagen rebosante de vida de Farabundo Martí, comunista, revolucionario, patriota ferviente" (25).

En octubre de 1979 era derrocado el gobierno del general Humberto Romero, asumiendo el poder una Junta Militar con apoyo de partidos políticos como la Democracia Cristiana y la Social Democracia, teniendo un amplio programa de reformas institucionales y económicas. El Partido Comunista, luego de aprobar el derrocamiento de Romero, pensó que la situación era la adecuada para promover un proceso de radicalización, presionando para que los cambios se aceleraran en función de crear una situación de crisis nacional. Al no lograr esa radicalización de parte de las nuevas autoridades, se pasa a la oposición primero y adhiere a la vía insurreccional después. En diciembre del mismo año participa del Comité Coordinador de Organizaciones Revolucionarias junto con el Movimiento de Resistencia Nacional y las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí, que eran formadas por sectores escindidos del PC. El partido daba así un viraje que no estaba contemplado en los años anteriores, el que culmina efectivamente en octubre de 1980 cuando junto a dos entidades más, las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí y el Ejército Revolucionario del Pueblo, forman el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional como ejército rebelde, cuya expresión política fue la Dirección Revolucionaria Unificada.

En la declaración constitutiva se dice que "ya nadie debe confundirse: la única alternativa verdadera y eficaz de solución a la crisis nacional en beneficio del pueblo es la revolución popular armada, cuyas fuerzas maduran aceleradamente en el seno de éste" (26).

La historia de la guerrilla salvadoreña es conocida suficientemente. Digamos sólo que la decisión del Partido Comunista de participar en la vía insurreccional en un proceso que se caracterizaba ese tiempo de ser democratizador y que hoy configura, pese a cualquier dificultad, una democracia real, no es un hecho aislado. Por el contrario, se inserta en la nueva política de Unión Soviética hacia América Latina.

A inicios de la presente década, en una Conferencia de Partidos Comunistas de América Central y México, se aprobó una declaración de

(25) Véase "Farabundo Martí", de A. Petrujin y E. Churilov, Editorial Progreso, Moscú (edición en español), 1985.

(26) Menéndez Rodríguez, Mario: "El Salvador: Pueblo contra la oligarquía", Editorial Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1981, pág. 189.

apoyo a la opción insurreccional comunista salvadoreña que los lleva a diluirse en el Frente Farabundo Martí, controlándolo desde luego. Ven en la creación de ese frente “una victoria estratégicamente importante de los patriotas de El Salvador. El deber primordial de los comunistas y de todos los revolucionarios es luchar por la victoria de la revolución en El Salvador” (27).

A estas alturas de la ponencia podría alguien preguntarse, ¿no se estará refiriendo a una historia antigua, anterior a la llegada de Gorbachev al poder? Es una historia que tiene raíces en la era de Brezhnev, ciertamente, pero que sigue hoy vigente, pues el Frente Farabundo Martí sigue actuando, la opción insurreccional de los comunistas salvadoreños sigue en pie, y si ya no tiene la connotación de enfrentamiento civil que amenazaba seriamente la estabilidad del régimen, es simplemente porque la guerrilla ha ido siendo derrotada y con ello consolidándose el proceso democrático.

Eduardo Ulibari, analista de la problemática centroamericana, comentando el proceso salvadoreño ha dicho con gran certeza: “Pasar de un régimen oligárquico a una democracia activa es un problema harto difícil. Cuando a ese paso debe agregarse el presente, de violencia guerrillera y criminalidad en el tránsito hacia la democracia, se *torna* en un agobiante ejercicio de heroísmo” (28). Es que el caso de El Salvador se *torna* en una grave acusación contra el régimen de Gorbachev, que estimula a los comunistas de ese país, pues la violencia se está ejerciendo directamente contra un régimen democrático, queda, pues, allí desnuda la intencionalidad de que la cuestión de fondo es la toma del poder por los comunistas y con ello favorecer la expansión soviética en el mundo libre.

3. Los comunistas chilenos y su estructura violentista

Se repite con demasiada frecuencia en foros internacionales y en análisis políticos de sectores democráticos poco informados, que el Partido Comunista chileno tiene una tradición democrática. Si ello se agotase en la participación del partido en elecciones parlamentarias entre 1925 y 1973 habría que concluir que fue un partido que actuó dentro del sistema político. Pero se puede actuar dentro de un sistema por dos razones: o porque se cree en él o porque se le usa instrumentalmente para obtener beneficios —como campañas proselitistas o de internalización, por ejemplo— para luego de obtenida una cuota de poder, tratar de destruir ese sistema en el cual se participó y que, ingenuamente, le permitió acceder a lugares de influencia en la decisión política.

Pero hay afirmaciones del Secretario del partido, Luis Corvalán, que por sí solas desmienten esa pretendida vocación democrática del partido. En el Pleno de 1977, en su informe, Corvalán dice que: “Al sostener desde 1956 la posibilidad de la vía pacífica en nuestro país, tuvimos en cuenta que se

(27) Petrujin A., Churilov E. “Farabundo Martí”, op. cit.

(28) Daremblum, Jaime, y Ulibarri, Eduardo: “Centroamérica: conflicto y democracia”, Ediciones Libro Libre, Costa Rica, 1984, pág. 132.

trataba sólo de una posibilidad, y además que de abrirse paso la revolución por dicha vía, en algún momento podría surgir la alternativa de la lucha armada. Consecuentemente nos preocupamos desde 1963 de la preparación militar de los miembros del partido” (29) y en ese año, el partido participaba de la vida política normal, con parlamentarios, con ediles, con votación electoral.

El Partido Comunista de Chile proclama en septiembre de 1980 su opción por la insurrección. Resulta con ello curioso observar la coincidencia con los salvadoreños en el proceso de radicalización. Corvalán dirá que: “La revolución debe resolver el problema del poder en su plenitud. Esto significa que no basta, como ocurrió en nuestro caso, conquistar el gobierno” (30). Es decir, el Partido Comunista no quiere repetir la experiencia de Allende que termina en una derrota política y militar, sino que quiere alcanzar el poder para desde él ir hacia el socialismo de manera irreversible.

Explicando más la opción de rebelión popular, Corvalán dirá que “para derribar al gobierno no hay otro camino que el enfrentamiento en toda la línea, haciendo uso de las diversas formas de combate. No estamos a la espera que maduren ciento por ciento las condiciones que hagan posible echarlo abajo. Consideramos que la lucha ayuda a crear esas condiciones. La lucha es lo primero” (31).

Comentar lo que ha sido la implementación de la política insurreccional del Partido Comunista de Chile sería largo y podría ocupar ciertamente el espacio propio de una ponencia aparte. Sólo digamos que el partido actúa de una doble manera: por un lado mantiene por sí una presencia política —participando en el MDP en alianza política con otros grupos marxista-leninistas y recientemente en la Izquierda Unida, coalición de izquierda un poco más amplia pero igualmente rupturista—, que participa en elecciones estudiantiles y sindicales, en varias de ellas en concertaciones con fuerzas de la oposición democrática, entre ellas el Partido Demócrata Cristiano. Por otro lado implementa la acción armada creando a fines de 1983 el Frente Manuel Rodríguez, el que es definido “como fuerza militar propia que no opera como una fuerza dentro del partido, sino que desde fuera de él, como una organización militar orgánicamente independiente, a la que se integra parte del partido, aunque siempre bajo su dirección política y militar” (32). En su manifiesto constitutivo el grupo insurreccional chileno señala que: “El Frente ha concluido que a este gobierno sólo se enfrenta eficientemente y se le derrota haciendo uso de todas las formas de lucha, incluida la armada. Para

(29) Véase el Informe de Luis Corvalán al Pleno del Comité Central del Partido Comunista en “Chile-América”, septiembre-octubre de 1977, Roma.

(30) Benavente Urbina, Andrés: “Partido Comunista Chileno: sus estrategias políticas 1973-1985”, en Revista Política, Instituto de Ciencia Política Universidad de Chile, diciembre 1985.

(31) Corvalán, Luis: “La lucha es lo primero y la unidad es la clave de la victoria”, discurso pronunciado en Cuba en diciembre de 1980, en el libro de Corvalán, “La Rebelión Popular se abre camino en Chile”, 1981.

(32) González, Camilo: “Lo militar en la política del partido”, en Revista *Principios*, enero-febrero, 1982.

ello hemos constituido, precisamente, el Frente, para conducir militarmente al pueblo en su lucha hasta la victoria final” (33).

Establecida la posición insurreccional del Partido Comunista chileno y de su brazo armado, el Frente Manuel Rodríguez, veamos cómo ello se relaciona con la política modernizadora de Gorbachev. Sin duda que una primera visión diría que nada tienen en común las dos situaciones. Nosotros partimos reiterando que sin el estímulo soviético ninguna de las políticas de los partidos comunistas locales podría implementarse, pues no contarían con su respaldo político, con su apoyo financiero y en el campo de la vía armada sin su ayuda militar. Y esto se da y sucede en los mismos momentos en que Gorbachev lleva a cabo su modernización.

De otro lado, la adhesión de los comunistas chilenos a la política de Gorbachev es entusiasta. Así se desprende, por ejemplo, del artículo que Javiera Jiménez redactó sobre el Congreso del PCUS: “Abramos la ventana, camaradas”, donde a su juicio, uno de los puntos claves de la Glasnost de Gorbachev es la necesidad de generar una nueva mentalidad política: “A ella corresponde ciertamente una nueva mentalidad social. Nos referimos a un enfoque global de toda la complejidad de la realidad actual. Se requiere un nuevo espíritu para enfrentar las grandes tareas que se tienen por delante” y ello resulta vital para modernizaciones que dicen relación con la aceleración del “sistema de desarrollo del socialismo que se vislumbra como factible, realizable además en un período relativamente breve de tiempo”. La comentarista dice que se han establecido nuevos conceptos dentro de la ortodoxia, tales como la concepción de “fuerzas motrices del progreso” que complementa la tradicional noción de “fuerzas motrices de la revolución”. Pero para quienes creen que por la vía de la Glasnost se está abandonando los viejos principios, se enfatiza que “se trata, en cambio, de un reforzamiento de la tradición leninista en el sentido de un continuo desarrollo de la teoría en medio de la práctica política...” A mayor abundamiento, al final del artículo agrega: “Se vive intensamente en el movimiento comunista internacional. Es la sólida y renovada reafirmación del leninismo lo que nos trae la brisa moscovita” (34).

Si el artículo anterior proviene de una revista ideológica, a nivel de difusión masiva, el periódico *El Siglo*, órgano oficial del PC chileno, trata reiteradamente la cuestión de las reformas de Gorbachev. Allí explica a la militancia de base que las reformas se implementan porque Unión Soviética en una etapa determinada de su desarrollo comenzó a perder el ritmo de su avance, con lo cual empezaron a acumularse dificultades y problemas y “aparecieron el estancamiento y otros fenómenos ajenos al socialismo” y ello porque “los órganos dirigentes del país no supieron evaluar a tiempo cuán necesario era efectuar cambios”. Los comunistas chilenos señalan que entre los errores cometidos están una mala orientación de la producción, donde se “estimuló el falso igualitarismo” que no tiene incentivos para los trabajado-

(33) Frente Manuel Rodríguez: “Manuel cabalga de nuevo”, Ediciones III Aniversario, 1986, pág. 162.

(34) Jiménez, Javiera: “Abramos la ventana, camaradas”, artículo en Revista *Principios*, segundo semestre de 1986.

res. Fue debilitado el control sobre la propiedad estatal y no se prestó la debida atención a los problemas sociales... Como una inevitable consecuencia de ello decayó el interés hacia asuntos de la sociedad, surgieron la falta de espiritualidad y el escepticismo.

Las reformas de Gorbachev apuntan a lo que los comunistas llaman "profundización de la democracia socialista". Esto entendido como el promover una mayor participación de las asambleas de los trabajadores en los asuntos del Estado; en palabras del Secretario General del Partido Comunista soviético "es la combinación orgánica de la democracia y la disciplina, de la independencia y de la responsabilidad, de los derechos y obligaciones de los funcionarios públicos, de todo ciudadano" (35).

El Frente Manuel Rodríguez también adhiere a la Glasnost de Gorbachev. En un análisis que publica en su revista mensual señala que durante la época de Brezhnev la sociedad soviética mantuvo un desarrollo lineal, lo que le significó una pérdida relativa en las tecnologías de consumo más masivo y el bienestar promedio arrojó tasas lentas de crecimiento. Esto se tradujo además en un reflujó "revolucionario" con lo cual se reconoce la dependencia respecto de la URSS. "La situación para los revolucionarios en todo el mundo se tornó dificultosa y se pasó a una fase defensiva que tenía su excepción en la notable presencia de Cuba, lo que dio origen al nuevo auge reaccionario, al envalentonamiento de las posturas tercermundistas y al oportunismo de variados sectores visitantes del socialismo". Piensan los rodriguistas que las reformas de Gorbachev importarían, de tener éxito, un impulso al comunismo como el dado por Lenin en los primeros años de la revolución, lo cual a su vez posibilitaría que desde Moscú se irradiara un aire revitalizador "restituyéndose el prestigio del socialismo revolucionario", con lo cual se está aceptando que el esquema denominado de socialismo real tiene una aguda crisis de credibilidad y de prestigio aún en el seno de la propia izquierda. Es hacia la izquierda misma donde el Frente contrapone las reformas de la Glasnost. "El desconcierto también copa el tiempo de los que a partir de la década del 70 prefirieron separar aguas del leninismo soviético y apostaron a la buena convivencia "occidental" a cambio de un planteamiento esencialmente moderado. No menos conmovidos se encuentran aquellos que mantuvieron un formal respeto por la madre de las revoluciones socialistas, pero que veían como más adecuado al momento, las salidas según los modelos tercermundistas, a los que profesaron todo su amor. Lo claro es que en medio de tanta descompaginada, la cosa como con el obstinado sabio se mueve" (36).

En suma, las políticas modernizadoras en la Unión Soviética se ven contrarias al endurecimiento de las acciones de los partidos comunistas locales. Es más, como en el caso chileno, el PC y el Frente Manuel Rodríguez las ven como vitalmente necesarias, no para indicar aperturas de la ortodoxia sino, precisamente, para reforzar al leninismo cuando éste se ve cuestionado fuertemente en la propia izquierda.

(35) Véase "URSS: Renovación a fondo", en *El Siglo*, primera quincena de abril de 1987.

(36) Lillo, Miguel. "URSS: un salto con garrocha", en *El Rodriguista*, órgano oficial del Frente Manuel Rodríguez, correspondiente al mes de abril de 1987.

CONCLUSION

Cuando a lo largo de una extensa ponencia se han aportado tan variados como documentados antecedentes, poco es lo que queda para las conclusiones, que no sea resumir lo ya escrito.

Sin embargo, queremos apartarnos de esa tendencia a la repetición y sólo indicar dos ideas generales.

La primera es que Gorbachev, con sus medidas pragmáticas en la forma y con su apelación al pueblo, se inserta en un esquema populista, con los componentes propios, por cierto, de una sociedad cerrada, lo cual se contrapone a esquemas caracterizados por largas décadas de predominio de la burocracia partidista que se confunde con la del Estado. El populismo es un viejo fenómeno en Rusia y, entendiéndolo como exacerbación de las aspiraciones de las masas como fundamento de la movilización, fue utilizado por el propio Lenin en la etapa de internalización de sus propuestas. Para Lenin “era una protesta formulada contra el capitalismo desde el punto de vista de los pequeños productores inmediatos, quienes, arruinados por el desarrollo capitalista, veían en él únicamente una regresión, pero a la vez exigían la abolición de las antiguas formas feudales de explotación” (37). Muchos años más tarde, el actual Secretario General del Partido Comunista soviético, en su Glasnost, retoma el concepto del populismo leninista, haciéndole las adecuaciones del caso. Gorbachev invoca al pueblo para una protesta contra “el socialismo congelado”, contra el *statu quo* que lo posibilita y hace que su país sea una sociedad económicamente atrasada. Y los convocados son aquellos habitantes que están en situación de ejercer mayores grados de libertad: los intelectuales y los productores, así como las capas de cultura humanista que les hacen tener ciertas aspiraciones de ascenso dentro de la estructura burocrática, pero que a la vez no están —ni mucho menos— por dejar de lado el sistema socialista. Con esta comparación entroncamos al dirigente modernizador en la más rancia tradición leninista.

La segunda idea que queremos entregar es que en la política del PCUS hacia sus congéneres dependientes, esta Glasnost no importa una apertura moderada. Por el contrario, importa endurecimientos que empujen a los partidos comunistas locales a asumir roles más agresivos frente al sistema capitalista. No se trata de privilegiar solamente los medios parlamentarios o políticos tradicionales. Se hace necesario hacer aperturas, pero aperturas hacia la izquierda, hacia aquellos grupos insurreccionales que antes eran condenados por la ortodoxia. Se trata de acelerar los ritmos de ruptura con el sistema y frenar las ideas conciliatorias. Y esto se hace mientras el Estado soviético muestra una cara exterior más proclive a la distensión. Es que esa es, precisamente, la condición para que el endurecimiento de las políticas locales no sean percibidas como un esquema de aplicación universal. El comunismo, como siempre, como lo recomendaba Lenin, aplica dobles vías; acomodaciones tácticas que hasta pueden parecer contradicciones, pero que en definitiva apuntan a una cosa: afianzar las premisas leninistas para resolver

(37) Malicki, Andrzej: “El populismo ruso”, en obra colectiva de Ionescu y Gell, compiladores. Editorial Amorrortu, 1969, pág. 93.

la cuestión de la conquista del poder, en función de expandir la hegemonía soviética en el mundo.

Pero ¿por qué entonces la Glasnost de Gorbachev aparece a los ojos occidentales como una postura “democrática”? Más que dar una respuesta directa quiero terminar la ponencia siguiendo de cerca a André Gluckmann (38). Interpreta el triunfo de Hernán Cortés sobre los indios mexicanos: “Cortés, con un puñado de españoles, frente al imperio azteca parece perder un tiempo precioso. Siempre virtualmente sitiado hace construir una catapulta que no puede funcionar y que no eliminará a sus enemigos físicamente sino simbólicamente... al exhibir su catapulta convierte una falla técnica en una ventaja psicológica en una guerra de comunicación”. Un puñado de conquistadores se apoderó del imperio azteca sin librar grandes batallas, los aztecas fueron vencidos por el efecto de una extrañeza mantenido por unos apabullantes monstruos. El hundimiento espiritual del México precolombino precedió a su capitulación militar. Todo ocurrió porque los mayas y los aztecas habían perdido el dominio de la comunicación. La pequeña tropa de Cortés venció sin gran trabajo: su manera de luchar, de negociar, de prometer y de no cumplir, trastornaron las categorías mentales de los adversarios hasta el punto de dejarles inermes. De este modo la catapulta falaz aparece como máquina metafísica: el miedo que inspira no engendra un simple error de percepción, sino una conmoción de los puntos de referencia cardinales”.

Occidente no puede caer en el error de Moctezuma de creer que la Glasnost es una herramienta de democratización para una convivencia armónica. Por el contrario, es una catapulta ideológica que tiende a desarmarnos conceptualmente primero para después derrotarnos políticamente.

(38) Véase Gluckmann, André: “La fuerza del vértigo”, Editorial Planeta, 1983.